



Juan Pablo Villalobos ofrece, en su tercera novela, una peculiar e intranferible visión de México

## Escribir desde el sarcasmo

NÚRIA ESCUR  
Barcelona

El humor es imprescindible incluso en los peores momentos. Aunque, apunta Villalobos, lo peor es quedarte solo riendo. Cuando decidió escribir esta novela lo primero que tuvo claro es el título. “Te vendo un perro” es algo que decimos en México cuando alguien te cambia de tema. Aunque me aseguran que eso debe de ser cosa de mi familia o de mi pueblo”.

Una comedia que recorre el arte y la política del México y reivindica a los olvidados, los malditos y los perros callejeros. Así presenta Anagrama *Te vendo un perro*, tercera novela de Juan Pablo Villalobos (México, 1973). “Es la primera que quise escribir pero no salió. Pero la historia no me dejaba en paz”. El libro costó diez años de reflexión y once versiones. “Para darme cuenta de que quería protagonistas marginales, por ejemplo Manuel González Serrano, pintor que nació en mi tierra, Lagos de Moreno”.

Teo tiene 78 años y un apego enfermizo a la teoría estética de Adorno (“no, no soy especialista en Adorno, pero me gustan algunas de sus máximas, como que



LAURA GUERRERO

Villalobos ha escrito una comedia sobre la sociedad mexicana actual

lo nuevo es hermano de la muerte”). Quiere escribir algo que no sea novela e intentar llevarse a la cama a Francesca o a Juliette, con las que forma un triángulo sexual de tercera edad. La vida rutinaria de unas personas ancianas se rompe con la irrupción de tres jó-

venes. El humor está asegurado.

Villalobos confiesa no saber escribir sin sarcasmo. Incluso cuando los temas son graves. “Muertos en fosas, tragicomedia, ironía de mi país, donde la muerte está casi ritualizada –a veces parece que nos reímos de ella– y se ha enquis-

tado ese terrible discurso policial de que no hace falta buscar a los desaparecidos, porque algo habrán hecho”.

Lo que ha ocurrido en México los últimos años dota a su libro de una nueva lectura política. “La desaparición de los estudiantes era algo anunciado. Por fin nos sacude lo que habíamos callado. Han pasado cosas similares un montón de veces pero no se desvelaron; esta vez ha sido una explosión mediática –reflexiona Villalobos– pero hubo otros episodios horribles. Otros doscientos desaparecidos más, madres que no tuvieron ni un cadáver del hijo para enterrar... y esa vergüenza, miedo, terror, humillación, rabia, sacude por fin a nuestra sociedad que hasta ahora había estado callada”. Villalobos intuye un incipiente levantamiento social, definitivo, en México.

Se dedicó unos años a estudios tan dispares como la ergonomía de los retretes o los efectos secundarios de los fármacos contra la disfunción eréctil. Llegó a Barcelona en 2003 para elaborar una tesis sobre artistas marginales y aquí se quedó. Anagrama publicó ya sus dos primeras novelas –*Fiesta en la madriguera* y *Si viviéramos en un lugar normal*–, traducidas a más

de una docena de idiomas. La única pregunta que se hace, durante el proceso creativo, es: “¿Escribo el libro que me gustaría leer?”

Y ahora quiere escribir un mamotreto, “de esos de los que yo me quejaba”. Se refiere a la mala leche que destila contra Fernando del Paso por escribir tanto –“autor que,

### Villalobos intuye un incipiente levantamiento social en México, que podría ser definitivo

sin embargo, me sigue interesando”– o contra Carlos Fuentes, “esa broma sí que la mantengo”.

Admirador de Mario Levrero y César Aira porque “no aspiran a novelas perfectas”, Villalobos siente curiosidad por el mundo del arte. “Pocos pintores hay que sepan hablar bien de arte. A veces me gustó el discurso de Joan Miró o de Lucian Freud”. Y vuelve a Adorno. “Dice él que hay que quitarle solemnidad al arte. Entre ser estatua y paloma que se caga en ella prefiero ser la última”.